

Vivir en la periferia. Relatos de Vida en Valle del Paraíso

José Cervantes Sánchez
jose.cervantes.sanchez@iberopuebla.mx
Universidad Iberoamericana Puebla

Resumen

A través de la recuperación de relatos de vida, siguiendo la propuesta de Bertaux (2005), busco encontrar elementos de análisis para comprender *sujetos en situación de vivir en la periferia*, para entender las condiciones de integración deficiente de los habitantes que migran de las zonas rurales a la ciudad de Puebla, México. En la investigación parto de tres supuestos: primero, que la vida cotidiana en la periferia de la ciudad de Puebla significa para los sujetos una forma subordinada de integración social; segundo, que a partir de una posición subordinada y periférica, se elaboran discursos específicos que los sujetos hacen suyos, en relación con otros sujetos y espacios sociales y geográficos; tercero, que los imaginarios construidos y apropiados por los sujetos tienen correspondencia con su relaciones sociales, tensionadas por los conflictos y contradicciones de la vida cotidiana. Este ejercicio pretende ayudar, a fin de cuentas, a comprender el proceso de producción de ciudad desde la periferia, a partir del punto de vista de los habitantes de la Colonia Valle del Paraíso, y documentar las características de la producción social de ciudad,

poniendo énfasis en las contradicciones, tensiones y conflictos cotidianos experimentados por los sujetos que allí habitan. Me interesa, igualmente, explorar el papel que juega la memoria colectiva de los habitantes de Valle del Paraíso para la construcción de discursos que dan sentido a la vida cotidiana de los sujetos.

Introducción: la ciudad excluyente

La colonia Valle del Paraíso en la ciudad de Puebla, de manera semejante a lo que ocurre en las grandes ciudades latinoamericanas, se ha ido produciendo en parte debido al crecimiento poblacional derivado de la migración. En este caso, algunos de los primeros habitantes fueron trabajadores de la construcción, jardineros, plomeros y de otros oficios que se empleaban en la construcción de casas en colonias relativamente cercanas, de nivel socioeconómico alto y medio alto. Los sujetos cuyos relatos se han rescatado se encuentran entre los primeros pobladores del asentamiento, que salieron de comunidades rurales a la ciudad en busca de trabajo como alternativa a una situación de pobreza apremiante. Con el paso de los años, algunos trajeron a sus familiares y otros a amigos y conocidos, compañeros y trabajo o paisanos, y además fueron llegando otros habitantes, provenientes de diversas zonas de la ciudad de Puebla y de otros lugares.

Hay que remontarse hasta la época de la Colonia, en los siglos XVII y XVIII para entender la dinámica de la ciudad de Puebla, una de las más importantes en términos políticos, económicos y religiosos en México, que desde su fundación se ha favorecido una lógica de acumulación de las élites, basada en la especulación de la tierra. El primer trazo de la ciudad, en lo que hoy constituye el centro histórico, es revelador de esa lógica: el núcleo se observa claramente delimitado y ordenado, en claro contraste con la periferia, el lugar donde viven los indios, los barrios de Analco y La Luz, donde se observa un

trazo imbricado, caprichoso, errático, desordenado, como prefigurando la disposición de la ciudad nómada en los siglos posteriores (Soto Badillo, 2012).

El dinamismo de la ciudad de Puebla ha pasado por diversos modelos de crecimiento y de disposición de la ciudad. A mediados del siglo XX se observa cómo las élites locales se mudan del centro histórico a los nuevos asentamientos, en una lógica modernizadora, ubicados en las periferias urbanas. Hacia finales del siglo, la concepción y puesta en marcha del proyecto Angelópolis marca un hito que apuntala un tipo de construcción de ciudad excluyente. No se puede ocultar el acto que le da origen: la expropiación de tierras ejidales que pertenecían a los campesinos y que, por decreto, pasa a manos de los especuladores. El gran polo comercial y de servicios será construido por las manos de los que fueron expulsados de esas tierras, y por otros que, en semejante condición de pobreza y exclusión, llegan del campo a la ciudad en busca de un mejor horizonte. Son precisamente estos migrantes internos, nuevos habitantes de las ciudades, los que originalmente poblaron Valle del Paraíso, colonia levantada en terrenos ejidales en una situación, más de *paralegalidad* que de *ilegalidad* (Soto Badillo, 2012). Esta manera de integrarse deriva en lo concreto en un déficit de acceso a la ciudad, en la contradicción de “estar allí” pero no “formar parte”.

Nota metodológica: alcances y limitaciones de la investigación con métodos biográficos

Decidirse a realizar la investigación con métodos biográficos supone no sólo una opción metodológica, sino también política. Metodológicamente, pretende ayudar a visualizar una dimensión micro, al formar parte de un proyecto que contempla tres dimensiones para entender los estilos de producción de la ciudad. Una primera dimensión, *macro*, se basa en el análisis de la expansión geográfica de la ciudad, y por ello se analizan los mapas, buscando encontrar dinámicas y patrones que explican la exclusión. Una segunda dimensión, *meso*, da cuenta de la relación entre los excluyentes y los excluidos, indagando en la lógica subyacente a la construcción de asentamientos cerrados, exclusivos, motivados por una creciente sensación de inseguridad, que no resuelve del

todo pero que, de un golpe, naturaliza la exclusión. La tercera dimensión del proyecto se ubica en el nivel *micro*, y pretende recuperar la vivencia cotidiana de la exclusión, a partir de la narración de la experiencia de los sujetos que la viven, la sufren, la resisten. Ésta es la que aportan los relatos de vida.

Por otra parte, a nivel político, utilizar los métodos biográficos obliga a apostar por un tipo de trabajo de campo que intenta acercarse a la gente, a los sujetos, en su cotidianidad, y allí estar atentos a lo que dicen, lo que callan, a la manifestación de sus deseos, sus luchas, siempre contradictorias, sus memorias, sus preocupaciones. En este caso, el contexto del trabajo se dio a partir del inicio de la experiencia de un centro comunitario auspiciado por una universidad. El inicio de la experiencia favoreció un contacto en actitud de escucha, de diagnóstico, buscando concretar la convicción sobre de la necesidad de propiciar un ambiente de reconocimiento mutuo y de diálogo. Como parte de ese estar atentos a lo que sucede en el entorno, se han formulado unas preguntas que dan sentido y guían la investigación: ¿cuál es el imaginario de los habitantes de Valle del Paraíso sobre el territorio en el que se desenvuelven en su vida cotidiana? ¿cuáles son los ideales y anhelos que dan sentido a su trabajo y esfuerzos individuales y colectivos? ¿cómo visualizan los habitantes a la colonia Valle del Paraíso, en relación con la ciudad de Puebla y otros espacios sociales con los cuales tienen una relación directa?

Los relatos de vida, como señala Bertaux (2005), suponen renunciar a la búsqueda de una supuesta "verdad", asumiendo de entrada que aquello a lo que el investigador puede tener acceso está compuesto por variadas voces, y cada una habla desde su historia, acompañada por sus búsquedas y matizada por sus conflictos y sus esfuerzos cotidianos. Así, la intención es entender un mundo que puede ser definido teóricamente y que tiene lógicas propias, de carácter social. Desde esta perspectiva, asumo que el relato es una descripción aproximada a la historia realmente vivida por el individuo y se orienta a recoger una serie de relatos de *prácticas en situación*, para estudiar un fragmento particular de la realidad socio-histórica, la de los habitantes de la Colonia Valle del Paraíso. En los relatos de vida la preocupación central no es la exactitud de

los hechos narrados, sino el significado, buscando las claves que una situación aporta para entender las lógicas sociales que se producen en ciertas condiciones sociohistóricas. En este proyecto de investigación, a partir del trabajo de campo, una de las intencionalidades centrales era dar luz sobre las lógicas sociales de *un mundo social*, que corresponde a las prácticas que se dan en una situación, en un contexto determinado, cargado de tensiones y contradicciones, y cuyo análisis le llevará a elaborar una serie de hipótesis que, más que explicativas, serán un intento de interpretar la realidad, la situación que es investigada. De allí la necesidad de prestar atención no sólo a la situación social del fenómeno, sino incluir la condición histórica, es decir, el contexto en el que tales hechos suceden, los *mundos sociales* en los que los sujetos se encuentran en unas condiciones sociohistóricas específicas.

Los sujetos cuyos relatos presento a continuación pueden ser definidos en una situación particular, a partir de varios elementos que tienen en común. Se trata de hombres y mujeres adultas que nacieron en comunidades rurales y pasaron en esos lugares su infancia y juventud, y en algunos casos algunos años de su adultez. Ellas son amas de casa que además tienen otras estrategias para el ingreso, como la limpieza de casas, el comercio desde el hogar o la venta por catálogo de algunos productos. Sólo uno de ellos tiene un comercio formalmente establecido, con vista hacia la calle, y otro realiza actividad política en la zona, atento a los cambios de partido en el gobierno local. Los relatos se fueron construyendo paulatinamente, a partir de las pláticas mayormente informales que sostuve con ellos y ellas como una forma de acercarme y conocer su realidad. Algunas se dieron en sus casas, otras en el local de la casa comunitaria, y otras más, en la calle, en el intercambio cotidiano. No se trató de muestra alguna, delimitada a priori, sino que se fue dando a partir de las relaciones de confianza con quienes he ido construyendo una relación de amistad. En un primer momento presento los relatos, alternados, para posteriormente hacer algunas consideraciones analíticas que ayuden a comprender las dinámicas cotidianas en esa condición de integración deficitaria a la ciudad.

Julia: es difícil vivir tan lejos

Soy Julia y tengo más de sesenta años. Nací en un pueblo cerca de Perote, en el estado de Veracruz. Yo me vine a la ciudad siendo muy joven y casi no estuve en mi pueblo. Tenía como doce años cuando mi papá no me dejó ir a la escuela, por lo que me enojé y me vine a con mis hermanos a trabajar. En ese tiempo yo tenía dos hermanos casados, que me recibieron y me consiguieron trabajo acá. Estuve con ellos hasta los dieciocho años, y desde entonces me dediqué a trabajar por mi cuenta. Desde chica yo no tenía dinero, no tenía ni ropa, y cuando me junté con mi esposo, estuvimos viviendo cinco años con mi mamá. Me salí de allí cuando mi hija tenía cinco años y me vine acá para esta colonia. Todavía me enojo mucho cuando me acuerdo de lo que decía mi papá: “es que porque son mujeres no van a estudiar, ustedes no van servir, ustedes sólo van a servir para su marido”. Esas palabras se me grabaron, y hasta la fecha me pongo a llorar. Eso sí, cuando falleció mi mamá, entonces sí mi papá me decía “ay, hija, lávame mi ropa”, y yo le contestaba: “que le laven sus hijos, porque yo tengo otras cosas que hacer”. Todavía a veces me acuerdo por qué no me dejó estudiar, por qué no me mandó a la escuela, por qué nada más a mis hermanos... y algunas veces le dije “yo no le sirvo para nada”, que le laven su hijos, yo no le sirvo para nada.

Hasta hace poco viví con el padre de mis hijas, que era policía. Era muy celoso y siempre me maltrataba, pus creía que yo lo engañaba con otros hombres. Dos veces me llegó a poner la pistola en la cabeza y amenazó con matarme. La primera vez yo no hice nada porque me moría de miedo, y pensaba que no podía defenderme. La segunda vez ya agarré valor, lo saqué no sé ni de dónde, y me enfrenté a él y le dije: mátame de una vez, hijo de la chingada, pero te aseguro que no saldrás libre de ésta, por muy policía que seas. No se atrevió y allí se acabó todo. No podía ya vivir con él, así que mejor me salí y me fui a vivir con mi hija y con mi nieta de quince años. Mejor vivir sola que aguantar esa violencia todos los días. Al principio, cuando dejé a mi marido, tenía miedo, pensaba que la gente me iba a señalar y me iba a juzgar, pero hoy puedo

presumir que, a mi edad, hasta tengo nueva pareja y me siento muy contenta, como renovada.

Antes vivía en la calle principal de la colonia, por donde pasa la alimentadora, y no tenía problema para subirme al camión que me lleva a la Once Sur, al metrobús, y de allí moverme a donde hiciera falta. Pero hace unos meses me tuve que cambiar porque la casa que rentaba era muy húmeda y nos enfermábamos muy seguido. Anduvimos buscando aquí en la colonia y conseguimos una casita mejor, pero más lejos de donde pasa el camión. El problema es que mi hija entra muy temprano a trabajar y yo tengo que acompañarla pues me quedo con el pendiente de que algo le vaya a pasar. Ya le pasó una vez en que ella se animó a caminar sola las cinco cuadras hasta tomar el camión. Esa vez iba ella caminando y de pronto le salió una camioneta con tres hombres arriba y la fueron siguiendo, despacito, detrás de ella. Ella nomás volteaba para ver qué pasaba pero no podía hacer nada. Llegó a un terreno baldío que va de una calle a otra y por allí se atravesó, de prisa, y tuvo suerte de encontrar a un señor que estaba abriendo la puerta de su cochera para sacar su coche, y ella se acercó y le preguntó la hora. Ya se habían bajado dos de los hombres que venían en la camioneta, pero al ver que estaba hablando con el señor, ya no se atrevieron a hacerle nada. Desde donde estaba vio que se acercaba su camión y corrió a alcanzarlo y ya se pudo ir, asustada pero a salvo. Eso es lo que nos pasa, que nos sentimos inseguras en las calles y no sabemos ni qué nos puede pasar. Por eso yo ahora la acompaño a ella todos los días, muy temprano, a que tome su camión. Lo bueno es que mis vecinos tienen unos perros bravos que ya me conocen y me siguen hasta la parada donde la dejo, y ya me regreso yo tranquila a mi casa a hacer mis cosas durante el día.

Juventino: me vine porque en el pueblo no había futuro

Me llamo Juventino y nací hace cuarenta y siete años en una comunidad cerca de Oriental, en una zona muy árida y muy pobre, en la orilla de un cerro. En la comunidad había unas cuantas casas, como diez, dispersas unas de otras y en

medio había una escuela primaria, pero no era completa, con un solo maestro que nos daba clase a todos los niños juntos, no importaba en qué año fuera cada uno. Yo creo que él le echaba ganas y hacía lo mejor que podía, pero no era mucho lo que lográbamos aprender, y eso lo vi cuando ya me vine a la ciudad a buscar trabajo, pues allá en el pueblo la situación está cada día más difícil, y llegó en un momento en que yo sentí que ya no había futuro, ya no había por dónde seguir buscando opciones. Por eso me vine a la ciudad a buscar una mejor vida, siguiendo a mis primos y mis tíos que se habían venido antes. De recién que llegué, anduve trabajando en lo que encontré, cargando bultos en el mercado, como albañil, así, en lo que podía. Así me la pasé, hasta que un día uno de mis primos me buscó y me dijo que él mejor se iba al otro lado, a los Estados Unidos, y que me dejaba el negocio que él tenía, de la ferretería. Yo no sabía nada de ese negocio y no estaba seguro de que era una buena opción, pero también entendí que era una oportunidad que se me presentaba. Él me dijo que no me preocupara, que el negocio era fácil, que no me iba a costar trabajo aprender. Ya hace dos años que se fue mi primo. En algún momento también me invitó a irme con él, pero no me animé, pues creo que acá las cosas están difíciles, pero allá también. Tan solo cruzar la frontera es peligroso y sale muy caro. Y pues allí la llevamos con la ferretería. Vendo lo que la gente más o menos compra por acá, porque en esta colonia la gente va construyendo su casa poquito a poco, según va teniendo dinero para hacer algo, y luego sigue construyendo o hace algunos arreglos a su casa cuando consigue ahorrar un poco más. Hay días en que se vende bien, pero luego pasan días en que casi nadie se aparece por aquí. Yo he tenido que aprender a organizarme, y ahora apunto en una libreta lo que compro, y voy también anotando lo que vendo, y cuánto saco para el gasto, porque si no, luego no voy a tener para surtir más mercancía. De por sí es difícil esa parte, pues aquí cerca hay una ferretería más grande, más surtida, porque tiene más capital para invertir. Yo no puedo competirle a él, y por eso tengo que pensar bien lo que voy a traer a vender, que sea lo que realmente pide la gente, lo que necesita, al contrario de la ferretería grande, que sí puede tener más surtido. Incluso algunas veces he ido a ver qué es lo que venden y a qué precio lo dan, pero al

dueño no le gusta que la gente vaya nomás a preguntar y no compre nada, y mejor los corre. Por eso ya no puedo ir para allá. Aquí tengo la reja porque la cosa está insegura y ha pasado que viene gente nomás a ver qué se roba, qué se lleva sin pagar. Tengo el timbre en la puerta y así cuando viene alguien a comprar, lo toca y ya salgo yo a ver qué se le ofrece. Por lo general yo estoy adentro, en mi casa, porque también atiende la papelería de aquí al lado, que también tiene unas máquinas para el internet y tengo que estar pendiente de los dos negocios. Así es mi vida ahora en este lugar, la situación está difícil, pero hay que seguir buscándole, no queda de otra.

Paty: veníamos por unos días pero ya nos quedamos acá

Soy Paty y vengo de una comunidad ubicada en las faldas del pico de Orizaba, que se llama San Francisco. Allá se siembra el maíz, aunque se da poco, y también el alverjón y sobre todo las papas, pues es tierra fría. Cuando tenía 15 años bajé de la comunidad a la cabecera municipal, junto con mi familia, y allí me casé y nacieron mis hijos. Ya voy para diecisiete años acá en Puebla. Me vine, según yo por unos días, porque me enfermé, y mi hijo, que trabajaba en una alquiladora de sillas, ya tenía seguro, y me dijo que viniéramos para que yo me curara. Cuando llegamos vivíamos en Mayorazgo, donde rentábamos un cuarto grande y otro más chiquito. Aquí en la colonia tiene como catorce o quince años que compramos dos lotes, después de que anduvimos preguntando. Mi esposo decía, si no compramos ningún pedazo por acá, nos regresamos, porque no podemos estar manteniendo al de la renta. Y era pesado porque se juntaba el pago de la renta, la luz, el agua. Preguntando supimos de este lugar. Decían que era ejido pero nosotros le compramos a una compañía que tenía sus vendedores. Por los dos terrenos teníamos que ir pagando setecientos cincuenta pesos al mes. Cuando nos vinimos para acá nomás estaba una casa, y otra abajo, casi en la esquina. Había en total unas quince casas, regadas por toda la colonia. Pero de un momento a otro se pobló, y ya hace unos tres años que se pobló bien la colonia. Ya después fueron

llegando otros que hicieron su casa de dos o tres pisos, con más dinero. Esta casa la construyó mi esposo, la fue haciendo poco a poco, de cuartito en cuartito, aunque no es albañil, y en ese entonces trabajaba en La Vista, haciendo la limpieza, en el jardín, en lo que fuera. Más adelante, hubo un momento en que ya queríamos regresarnos al Pueblo, pero vino una conocida y lo invitó a ir a buscar trabajo a una escuela, y gracias a Dios se quedó allí como jardinero. Estuvo varios años, pero ya luego se salió, antes de pensionarse.

Lo que extraño de mi pueblo es la calma o la paciencia de no andar tan estresado como aquí, por el trabajo, por el camión que no pasa, y uno siente que ya se le hace tarde. Allá en el campo todo se hace calmadamente, no hay tanta prisa. El trabajo es propio y descansadamente llega uno a cenar o a hacer otras cosas en la casa. Quizá también se carrerea uno un poco, pero menos que acá. Y en tiempos de cosecha, todo es fresco, chícharos, calabazas, nopales, frijoles, no tiene que ir uno al mercado a comprar, pues todo lo tiene uno en la casa.

Tener mi casa acá siento más tranquilidad, ya no piensa uno que ya se va a llegar la renta, aunque sí hay que pagar la luz y el agua. Cuando recién llegamos no había luz, la íbamos a traer a dos cuadras de la parada del camión, y todo el cable estaba sin postes, tirado en el suelo. Enfrente todavía ni empezaba Lomas de Angelópolis. Ya cuando se fue construyendo esa colonia era como estar en otra ciudad. De repente construyeron y se veía que medían y ya iban haciendo las casas. Lo bueno es que está hasta por allá, nos divide el río, si no, sería más estresado, se siente uno encerrado. Todo está bardeado y ya ni por dónde caminar, y hay que dar toda la vuelta. La colonia ha ido cambiando porque ya hay otras casas y otro tipo de servicios. Lo que nos hace falta es que se pavimenten todas las calles, es lo principal, y que no nos falte el agua. Yo ahorita no tengo agua en mi casa. Hasta hace unos meses, estaba conectada de una manguera en la esquina, pero de allí se conectaban dos casas, y la señora de la otra casa le autorizaron que le doblara su manguera y se quedó sin agua. Yo fui a reclamarle al encargado, pero él no dice nada. Como dos años seguidos tuvimos agua y de repente, ya no hubo agua. Yo estoy pagando agua y no tengo el servicio. Y eso me da coraje.

La capilla se inició a construir hace como cuatro años. Antes no había capilla, sino sólo unas láminas. La capilla ocupa dos terrenos. Dicen que uno lo donó y otro lo vendió la misma dueña, que vive al otro lado, y quería su puerta a la capilla para entrar desde su casa. Cuando la capilla iba como a la mitad, la señora hizo unos baños en su casa, pero aprovechando la arena y la grava de la capilla. Nos dábamos cuenta cómo estaban las cosas. Una vez el padre le dijo que no era correcto que se aprovechara de las cosas que eran de la capilla. Yo decía, pónganse en nuestro lugar, cómo andamos pidiendo de casa en casa, con sol, con lluvia, pero a mí ya no me dijo nada y una vez que pasó la fiesta dijo que estaba dolida. Habíamos ido las del comité a algún lugar y ya veníamos de regreso. Lo que sí es que se llevó las escobas y el mechudo, que también eran de la capilla, recién compradas. Ella dijo que se las había llevado para guardarlas. Dios nos echó la mano y en poco tiempo se levantó. Ahorita estamos viendo lo del piso, y terminando el campanario. Como que la gente ya le empezó a flojear.

En esta colonia ya pasaron los del gobierno para empezar la regularización. Primero vinieron e hicieron un censo. Nos pidieron la minuta, el comprobante de domicilio y los datos del dueño. Nosotros tuvimos que llevar los papeles. Ya están en trámites las escrituras. Nos dijeron que en unos meses nos los van a entregar. Y es que los que vendieron no pensaron en los servicios, por ejemplo, en dejar espacio para unas canchas, ni siquiera un espacio bueno para la iglesia, para una clínica. Lo que ellos querían era puro dinero.

Augusto: llegamos buscando el paraíso

Yo soy del estado de Oaxaca, de una parte de la sierra que es famosa porque allí se producen hongos buscados por gente importante. En pocas palabras puedo decir que me vine para la ciudad porque allá en el campo ya no había qué comer. Todos fuimos saliendo, primero uno, luego el otro. De mi pueblo hay muchos que viven en México, de hecho yo también primero me fui para allá. Así pasa: cuando uno llega nuevo, sabe que puede ir con los de su pueblo y lo van a apoyar. A mí me apoyaron y trabajé un tiempo en una taquería, pero

no haciendo los tacos ni nada importante, sino limpiando las mesas y lavando los platos. No ganaba mucho, pero al menos ya tenía para comer. Era bonito porque los que viven en México se organizan y celebran las fiestas del pueblo, y así nos sentimos unidos porque venimos del mismo lugar. Allí estuve un tiempo, pero en realidad a mí no me gustaba tanto, así que me vine a Puebla. Busqué también a otros de mi pueblo, que trabajaban en una mercería atendiendo a los clientes detrás del mostrador. Como a ellos el dueño ya los conocía, me ayudaron a conseguir trabajo en ese negocio, porque si uno llega así nada más, le van a pedir referencias y, como uno no conoce a nadie, es muy difícil conseguir un trabajo formal, por sencillo que éste sea. Cuando llegué no tenía ni dónde vivir, y me quedaba a dormir en la terminal de autobuses, encima de unos cartones, aguantando frío, pero eso es lo que había. En las mañanas me levantaba y me metía al baño, me mojaba la cara y me peinaba y me iba a trabajar. Aunque estuviera cansado, sabía que tenía que trabajar, cargando cajas, acomodando las cosas que se vendían en la mercería: telas, botones, adornos y muchas cosas que la gente usa para hacer su ropa y arreglarla. Al medio día nos daban un tiempo para comer y yo comía cualquier cosa, rápido, y luego me metía a una iglesia que estaba allí cerca, y me dormía un rato para poder descansar, antes de regresar otra vez a trabajar. Por un tiempo ése fue mi trabajo, el primero aquí en la ciudad, pero yo quería seguir avanzando, y busqué en la construcción, porque allí es donde está el dinero, donde mejor se paga y se gana bien. No sabía nada y empecé como chalán, como ayudante de otros albañiles, y ellos poco a poco me fueron enseñando a hacer las cosas, a hacer la mezcla, a levantar una barda, a hacer un castillo, a echar el colado. El trabajo de albañil es todavía más pesado que los otros, pero se gana mejor. Y si uno va aprendiendo, va subiendo de puesto y cada vez gana más, aunque también tiene más responsabilidad. Con el tiempo pasé a ser medio oficial, luego oficial, hasta llegar a maestro, que es el que se encarga de mandar a los demás y decirle a cada uno lo que tiene que hacer. Al final también llegué a ser contratista y fui responsable de construir algunas casas grandes en Lomas de Angelópolis y en La Vista. Llegué a tener unas ochenta personas a las que yo contrataba y les daba trabajo. Yo me ponía de acuerdo con el dueño y luego yo

contrataba a los trabajadores, así como albañiles, azulejeros, plomeros, electricistas, de todo, hasta que la casa quedara terminada. Cuando estaba trabajando en La Vista, hace como unos veinte años, un día me enteré que acá en esta parte estaban vendiendo terrenos. Y era barato porque no había nada, ni calles, ni luz, ni agua, nada. Sólo había milpa y algunas cercas que servían para marcar el límite entre las manzanas, pues ni siquiera estaban bien claros los lotes. Pero el terreno era barato y daban facilidades para pagar cada mes, poco a poco. Yo compré y fui de los primeros que nos vinimos a vivir para acá. Primero hicimos una casita sencilla, con tablas y con láminas y con plásticos, y en tiempos de lluvias se hacía mucho lodo porque todo era tierra negra, y no se podía casi ni entrar, sólo caminando; ningún carro pasaba porque se quedaba atascado. El primer año éramos acá como unas catorce familias, la mayoría se ubicó por el mismo rumbo, y todos nos conocíamos y nos ayudábamos. Nos saludábamos al pasar y sabíamos quién era cada uno. Eran casas muy pobres pero era todo lo que había, y estábamos contentos porque teníamos ya un pedacito de terreno y una casa, aunque fuera pobre. Al lugar le pusimos Valle del Paraíso porque había muchas flores amarillas que decían que se llamaban del paraíso, y también porque era un lugar que queríamos que fuera como un paraíso. Con el paso del tiempo fueron llegando más familias, más gente de varios lugares, de aquí del estado de Puebla y también de la ciudad, de otras colonias, pero también de Veracruz, y de mi estado, de Oaxaca. Ahora ya es diferente. Ya no nos conocemos entre todos y hay más problemas. Una vez un señor dejó estacionada su camioneta afuera de su casa, y le robaron la batería. Ya muchos no nos conocemos y se dan robos y ya no sabemos quiénes somos y a veces nos da miedo salir, sobre todo a las mujeres en la noche. No es fácil organizarse porque por ejemplo con la basura, hay gente que sólo saca sus bolsas y allí las deja en la calle, no le importa si es el día que pasa el camión o no. Y si uno va y le dice que no saque la basura, porque ese día no pasa el camión, se enojan y dicen que qué nos importa, que ellos viven aquí y van a hacer lo que quieran. Luego por eso vienen los perros y buscan comida y rompen todo y hacen un tiradero. Cuando pasa el camión, ellos no juntan lo que está tirado y por eso en la colonia hay mucha basura, porque a la gente no

le importa. Con los perros también pasa algo así: si uno va por la calle, hay un montón de perros por todos lados, y nomás andan causando problemas con la basura y a veces asustan a los niños. Uno les dice que recojan a sus animales, que los guarden en su casa, pero no hacen caso. Pero eso sí, cuando viene la perrera para llevarse a los perros que andan sueltos, todo mundo los guarda en su casa para que no se los lleven, y apenas se va el camión, otra vez los vuelven a sacar y vuelve a ser lo mismo. Parece que la gente no entiende. Un problema que tenemos es con el agua. Hay algunos que tienen pozo, pero son poquitos y los pozos no son profundos, por lo que el agua es poca y no hay todo el tiempo. Hay tubería, aunque no en toda la colonia, y nomás nos cae agua una vez por semana, la noche del viernes al sábado, y eso no siempre pasa así, porque a veces hay fugas y no llega el agua. Yo como encargado de la colonia con frecuencia voy a las oficinas del agua potable a pedirles que echen el agua y ya la ponen, pero nomás un ratito y luego otra vez no hay agua. En esos casos, si uno quiere agua tiene que pagar una pipa de agua, que puede costar entre ochenta y cien pesos, hasta doscientos o más, dependiendo de la cantidad de agua que uno quiere. A veces el de la pipa acepta llenar de pasada los tambos que la gente tiene afuera de su casa, y cobra treinta a cincuenta pesos, pero en esos casos es poca el agua que deja y no alcanza, y de todos modos tenemos que pagarla y siempre sufrimos por el agua, pero pues tenemos que seguir buscando. Organizar a la gente es difícil porque la gente no responde. A veces yo los llamo para tener una junta y llegan nomás unos pocos y la mayoría no participa, sólo cuando saben que se va a repartir algo, ya sea del gobierno o de los partidos políticos; entonces sí se forman y piden sus cosas, porque saben que les van a dar algún apoyo, como tinacos, láminas, semillas, depende lo que nos manden. Como encargado me toca hablar con los del gobierno, ya sea del estado o del municipio, para traer las jornadas que vienen a la colonia y se ponen allí enfrente de la escuela primaria. Nos traen varios servicios, por ejemplo, consultas médicas y con el oculista o la nutrición; nos enseñan a hacer de comer con cosas como soya, para que aprendamos a comer más nutritivo. También traen lentes para los que no pueden ver bien, y hacen trámites para los que no tienen sus papeles en regla, como las actas de

nacimiento para los niños. También le dan orientación a la gente y a veces hasta traen peluqueros que cortan el pelo gratis y llega la gente y se va contenta. Aquí también me encargo yo con mi esposa del comedor comunitario que depende de un programa del gobierno. Al principio venía más gente a comer y trabajaban una o dos señoras más. En el comedor hacemos comida con lo que nos surte el gobierno, por ejemplo nos mandan frijoles, arroz, aceite, jugos, soya, harina, verduras en lata, y ya luego nosotros completamos con algunas cosas que compramos aquí en la colonia, sobre todo cosas más frescas, como jitomates, lechuga y otras cosas que también consumimos de por aquí. No nos pagan por hacer este trabajo, pero toda mi familia puede comer aquí en el comedor sin pagar por el trabajo que hacemos. Cuando recién lo pusimos, vinieron los del gobierno y me decían que no podíamos admitir a toda la gente, sino sólo a los que lo necesitaran, y que tenían que darnos su identificación para comprobar que estaban siendo beneficiados con este apoyo. Pero yo les dije que no podía hacer eso, que yo iba a dejar que entrara a comer el que quisiera, sin importar si es rico o pobre, y que tampoco iba a pedir credenciales. A últimas fechas viene ya menos gente al comedor, y entonces pienso que la gente de aquí no es pobre, porque si fuera pobre, mejor vendría a comer aquí, en lugar de ir a pagar el triple, o más, por una comida corrida. Yo sé que la política está llena de detalles y esas cosas, pero alguien lo tiene que hacer, y yo lo hago para beneficiar a todos, no sólo a los de un partido.

Graciela: ya no queríamos seguir pagando renta

Yo vengo de la sierra, de un lugar que se llama Xochitlán de Vicente Suárez. Me vine a Puebla a trabajar terminando la primaria. No me quedaba de otra, pues mi papá murió cuando yo tenía 9 años, y me tocó seguir a mis hermanas, que ya estaban todas estaban trabajando, unas en México y otras en Puebla. A El Castillo llegamos hace quince años. Compramos un terrenito porque ya no queríamos pagar renta. Antes vivíamos en una casa rentada y ya no queríamos seguir pagando. Cuando llegamos apenas había unas cuatro casas, y todo lo demás era sembradío. Desde mi casa veía yo la casa de mi hermana, y otra

casa más allá, pero todo lo demás era milpa. Para comprar, primero investigamos con quién comprar, y como mi hermana ya había comprado antes, nos dijo con quién, porque ha habido fraudes, de gente que vende dos o tres veces el mismo terreno y luego tienen problemas. Así que nosotros compramos y nos dieron una minuta como prueba de que el terreno es nuestro. Al principio no teníamos luz, y tampoco agua. La luz llegaba nada más hasta la otra colonia, allá por donde está la secundaria. Desde allá pusimos unos cables y de allí íbamos sacando cada quién su conexión para tener luz en su casa. El problema es que luego alguien pasaba y arrancaba los cables y se los robaba y otra vez teníamos que comprar. Se iba la luz y salíamos a ver qué pasaba, quién era, pero ya se había ido y nunca supimos quién era. Más adelante, la Comisión puso allí unos medidores y de allí traíamos luz y cada quien pagaba una parte de lo que nos cobraban, que llegaba a ser hasta mil quinientos pesos o más. Para esa época ya nos organizamos y pusimos unos polines y de allí íbamos colgando los cables para que no se los robaran. Tampoco había agua y no quedaba otra, más que comprar con el señor que vende agua en unos burritos. Pero luego no venía y era muy difícil vivir sin agua; todo un año lo sufrimos mucho. Después de un año yo empecé a hacer mi propio pozo solita, porque mi esposo, aunque es albañil, no me quiso ayudar. Rascamos hasta doce metros para encontrar el agua, y desde entonces mi pozo no ha dejado de tener agua. Ya después, otros vecinos de la colonia también hicieron su pozo pero luego se les ha secado, quién sabe por qué; hay quienes dicen que es porque no comparten el agua; yo sí la comparto. Al ir haciendo el pozo había unas partes bien duras del suelo, que picaba uno con la barreta y nomás salían las chispas, como si fuera una piedra. Allí sí me ayudó mi esposo y ya la última parte del pozo está más parejita. Yo siempre lo he compartido, porque había otras personas que lo escondían y no daban agua. Yo formo parte del comité de la capilla, que se inició hace más de diez años. Poco a poco se ha ido haciendo, con cooperaciones y rifas que se hacen entre la gente de la comunidad. Las fiestas más importantes son la de san Antonio, que tiene su mayordomo y es el que paga la fiesta, y el de la virgen de Juquila, que es de la comunidad, y allí nos cooperamos entre todos para hacer la fiesta de la virgen. Ese día hay misa,

se hacen rifas, toda la gente se pone de gala y viene muy alegre. También se hacen las primeras comuniones y en las casas de los niños se hacen las fiestas para celebrar que están contentos. Todos llegan a comer y se les sirve su mole, su arroz, sus tortillas. Terminan de comer y se van, pero ya están entrando otros, porque todos están invitados, familiares, amigos, vecinos, todos pueden pasar ese día. También se pone música y algunos se ponen a bailar, porque es un día de fiesta. Se gasta mucho y se consigue con mucho esfuerzo, pero yo digo que vale la pena, porque ese es el día que todos estamos contentos, es el día de fiesta de la comunidad. Mi cargo es por tres años y me ayudan otras dos personas del comité, aunque una ya se salió porque se le hizo muy pesado. Yo quiero hacer algo y ya cuando termine mi tiempo, que entren otros y yo seguir aquí, contenta, participando, porque es donde está mi casa y aquí estoy bien.

Análisis y reflexiones

Como se ha dicho, debido a su situación jurídica irregular, la colonia carece de servicios o los tiene de manera muy precaria, como puede observarse en los relatos de los sujetos aquí presentados. En este caso se observa un déficit de incorporación urbana que habla de una integración urbana sin integración social, y de una polarización socio-cultural de los modos de habitar, expresadas en distanciamientos, encerramientos y violencias, en la línea de lo señalado por Donzelot (2003). Siguiendo a este autor, nos encontramos con una ciudad difusa o dispersa, que se manifiesta por el conjunto de fragmentos urbanos dispersos y eventualmente articulados en una escala distinta, respecto a aquella que ha identificado el concepto tradicional de ciudad: *el territorio* (Álvarez Mora, 2004).

La colonia es el espacio geográfico que se torna en símbolo en torno al cual se construye identidad y, en ese tenor, confiere sentido, proporciona estabilidad y seguridad. Los sujetos entrevistados dejaron su comunidad, el lugar conocido, y se vinieron a la ciudad, el lugar ignoto, desconocido, que al agotar su posibilidad de producir vida los desconoce a ellos. Pero poco a poco el deseo de poseer algo que arraigue, un lugar seguro a donde llegar, así sea sólo por las

noches, va apuntando a comprar un terreno en el lugar disponible. Incluso si se trata de un lugar marginal, arrinconado junto al río, donde nadie quiere llegar, a donde nadie quiere ir, precisamente porque es desconocido, para ellos y ellas lo importante es que se va transformando en su colonia, su lugar, su espacio de identidad. Adquiere ya un sentido, aunque no haya todavía calles y sólo sean campos de labor, como sucede cuando inicia la colonia. Como señala Lindon (2004), el mito de la casa propia, así sea en condiciones de exclusión, de no lugar, con carencia de servicios, marginado, es "una llave de acceso a la libertad", pues es ese atreverse a ir a ese lugar, y nombrarlo como paraíso, como recuerda Augusto en su relato, permite ver el ideal de lo añorado, de la vida en paz, plena, que sin embargo un día se deshizo, porque como dice Augusto, nos vinimos para acá porque allá no quedaba nada, ya no había ni para comer. En esa contradicción es que lo cotidiano se ve cuestionado y se obliga a reinventarse.

La cotidianidad de los sujetos, expresada en sus relatos, nos hace ver que la ciudad se produce en la escasez del espacio, en dos sentidos: en el municipio donde la colonia se asienta, efectivamente ya no hay espacio, está todo ocupado. La mancha urbana, la ciudad, sólo puede crecer avanzando sobre lo rural, que parece vacío, pero tiene dueño. Al mismo tiempo, la colonia hasta hoy no existe porque no está en los registros catastrales que definen los límites de la ciudad, pero sí existe en los tiempos electorales, cuando se levanta información para saber a quién darle los apoyos, con la intención de que voten en el sentido de quien los ofrece. En los relatos es evidente la escasez de servicios, el agua que no llega o llega sólo una noche a la semana, y esa experiencia es más dolorosa por darse de frente a la imagen de la superabundancia, Lomas, que tiene una barda de 18 kilómetros y no para de extenderse, cual amiba gigante, con todo y sus enormes depósitos de agua que son siempre insuficientes.

Sin embargo, en esa escasez surge la fiesta, o mejor, la gente arma la fiesta, la construye, le invierte, le dedica tiempo y recursos, la hace posible. Lo político se mueve por el interés de la elección y es escenario no de organización sino de sumisión al poder en turno, que dicta la realidad que ha de ser desde su interés

particular. Lo religioso deja un espacio más abierto porque se conecta con lo simbólico. En las fiestas, religiosas o no, los sujetos rehacen el espacio, rompen el ciclo de lo cotidiano como repetición inacabable y lo ubican el tiempo cíclico, el de la fiesta, porque es el que permite sentir por un momento la abundancia. Por eso la fiesta parece no acabarse: empieza con el día, o mejor todavía, con la víspera y los tapetes de aserrín que se reproducen a la usanza del lugar que ha quedado en el pasado pero sólo de manera aparente, porque su re-visita es la que permite imaginar otro mundo y otro espacio posible, con otra configuración. Por eso la fiesta no se acaba, y literalmente se echa la casa por la ventana, como queriendo decir que no hay límites, pues la memoria colectiva, esa construcción común que es fuente de relatos y de inspiración, compartida y reconstruida, provee inspiración siempre que se le requiere. Los invitados llegan y ocupan las mesas, y las llenan, y no hay problema, porque siempre habrá unas tablas a mano para improvisar nuevos lugares, y mágicamente irán saliendo las cazuelas de comida: lo mismo el arroz que el mole, las carnitas, y las tortillas y los refrescos.

A diferencia del espacio de enfrente, el de la abundancia material, Lomas, donde las bardas se alzan y los accesos son custodiados y para entrar se requiere identificación y el paso queda registrado, como para ir a buscar al que desde ya es sospechoso de llevarse algo que no le pertenece, en la fiesta de Valle no hay puertas ni se pide un salvoconducto para entrar, ni queda registro de quien estuvo allí y gozó y se encontró y se rehízo. El que quiere, porque así lo desea, simplemente entra y se sienta, que alguien le servirá. La abundancia entonces es real. La fiesta parece no acabar nunca. La cotidianidad, secuestrada desde la mezquindad del poder, en realidad tiene una válvula de escape, los sujetos le han hecho una grieta por la que es posible salir de ella, y verla desde afuera, y recrearla, aunque inevitablemente, estemos obligado a regresar a ella, a la rutina, a la repetición, pero ahora ya con una suerte de cordón umbilical que nos conecta a otro lado, a otra posibilidad, otra, diferente y diversa.

Referencias

- Álvarez Mora, A. (2004). Modelos de desarrollo urbano. De la ciudad compacta al metropolitano disperso. En A. Álvarez Mora, & F. Valverde Díaz de León, *Ciudad, territorio y patrimonio. Materiales de investigación II* (págs. 227-261). Puebla: UIA P, IUU -UV.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Donzelot, J. (2003). *Les nouvelles inégalités et la fragmentation territoriale*. Obtenido de Revue Esprit: esprit.presse.fr
- Lindón Villoría, A. (2004). Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana. *Veredas*, 39-60.
- Soto Badillo, O. D. (2012). *La ciudad nómada. Poder y apropiación del espacio en el marco de los procesos de crecimiento urbano en la ciudad de Puebla. Tesis de Doctorado*. Valladolid: Universidad de Valladolid.